

STEPHEN BUORO

**LOS CINCO
MISTERIOS**



DE

**ANDY
ÁFRICA**



temas de hoy

STEPHEN BUORO
LOS CINCO MISTERIOS
DE ANDY ÁFRICA

Traducción de Noelia González Barrancos

Título original: *The Five Sorrowful Mysteries of Andy Africa*

© Stephen Buoro, 2023

© por la traducción, Noelia González Barrancos, 2023

Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© por la canción «Bouncing in the Lord» (p. 104), Sambaz William Eke.

Con el permiso de Sambaz Records International Ltd.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19812-09-4

Depósito legal: B. 18.405-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PARTE I

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Definición: Una permutación de un conjunto x es una función biyectiva de dicho conjunto en sí mismo.

Queridos blancos:

Me encantan las chicas blancas. Sobre todo las rubias. Las rubias que llevan el pelo recogido en una cola de caballo y, una vez a la semana, en trenzas. ¿Soy un fetichista? No lo sé. De lo que sí estoy bastante seguro es de que me voy a casar con una blanca y, además, rubia. ¿Considero feas a las chicas negras? Ni hablar. Eso significaría que mamá es fea y un comentario así no se lo consiento yo a nadie.

El problema es que no sé cómo son las rubias en realidad. Que sí, que he visto millones de pelis de Hollywood en DVD piratas. Mi teléfono es una base de datos de tonos de rubio porque no puedo toparme con una foto de una rubia sin descargármela. Tengo setenta y dos amigas rubias en Facebook, ni una más ni una menos. Y, por la noche, cuando todo el mundo ha embarcado en la nave de los sueños hacia Marte, me meto en Pornhub® en busca de pubis rubios y le doy a la mano, etcétera.

De hecho, lo que se dice ver, no he visto a ninguna rubia aún. Porque esto es África y aquí hay -0,001 rubias.

Me odio a mí mismo por contarte mi secreto de los 64.000 dólares. Verás, mi mamá es más negra que el tizón. Tiene la piel oscura como la zarzamora, manos ásperas como papel de lija, pero un beso húmedo y fresco como el brillo de labios. Le han abierto la panza dos veces: primero cuando Ydna se negó a nacer y, segundo, cuando nací yo. Le rajaron la barriga para que yo pudiera venir a este puñetero mundo ¡y me atrevo a decir que prefiero a las rubias! No sé quién es mi papá, pero mamá me ha estado llevando entre algodones toda la vida. Me cuida y me mimaba como nadie. Y me atrevo a decir que prefiero a las rubias. ¡A unas rubias que no he visto nunca!

Es la leche.

No me odio a mí mismo, pero te puedes hacer una idea.

Estoy convencido de que a Ydna no le gusta lo más mínimo que hable de rubias. Salió del cuerpo de mamá dos años antes de nacer yo. Como una estatuilla. Ni un sonido salió de su boquita abierta. Ni un latido de su pecho. Sé que, de algún modo, yo soy él. Que le eché una ojeada a este mundo, vi la gran cagarruta que era y me di media vuelta. Todos los días siento su presencia cerca de mí, en mi interior. Su ira palpita en mi sangre, su respiración bulle bajo mi piel. Debe de ser mi opuesto, porque me dice cosas sobre mí mismo que no quiero oír.

Aun así, me chiflan las rubias. Todos y cada uno de sus mechones de pelo cual soles alargados y dulces. Su cabello como ondas persiguiéndose unas a otras en el agua. Juro que soy capaz de ver mi cara reflejada con claridad en cada mechón. Me voy a la cama con hambre la mayoría de las noches. Duermo sobre una anodina estera en nuestra aburrida sala

de estar con electricidad kaput. Y, con los últimos coletazos de energía, me llevo la mano a las bermudas y pienso en rubias. Una sensación de paz discurre desde mi corazón a mi estómago y de allí hasta mis pies. Y me siento pleno. Y me duermo saciado. Como un crío que se ha comido una docena de hamburguesas con queso, y eso que no sé a qué sabe esa mierda. Y me duermo sabiendo que el futuro es mío.

Un monaguillo genio poeta africano de quince años que adora a las rubias no es un criminal ni un racista ni un vendido.

Es un chaval africano dulce, molón y patético.

Dios debe de estar poniendo a prueba mi amor por las rubias porque ahora que se me aparecen en visiones a todas horas, hasta cuando estoy en misa, Eileen viene a Kontagora. Isaiah nos está hablando de ella a mamá y a mí.

—No es de Ikeja ni del rancho de Obudu —aclara, como si mamá y yo no supiéramos que su nombre suena extranjero—. Viene del Reino Unido. Del país del padre McMahan. De hecho, es la sobrina mayor del padre McMahan, sin ir más lejos.

Isaiah, con ese cráneo como una bola de billar reluciente y los ojos siempre enrojecidos, es esa clase de tipo: un dador de detalles fútiles. Es el cocinero del padre McMahan y siempre le está suplicando a su patrón que le traiga de Inglaterra patatas fritas, pasta de dientes y nata. Siempre le está preguntando por la nieve: «¿Es dulce como el helado? ¿La lamen los perros?».

Está la mar de relajado, con las piernas cruzadas, en la silla de plástico que le ofrecemos a las visitas. Una taza de agua permanece intacta en la mesa situada ante él, perturba-

da tan solo por una ruidosa mosca que da vueltas a su alrededor, sin decidirse, pues la taza no contiene Fanta. Un ligero olor a sudor nos separa a mamá y a mí. Estamos sentados en nuestro sofá y fingimos no notar sus valles y gargantas ni ver la hormiga que avanza zigzagueante por el brazo. Sobre la estera, un ejército de hormigas juguetea a darle tirones y patadas a una cucaracha muerta. Maldición, necesitamos refuerzos. Si mamá ve las hormigas (o, peor aún, la cucaracha), me arreará un golpetazo en la espalda por no haber barrido la sala de estar y haberla dejado en condiciones.

Es domingo. Acabamos de volver de misa con los cuellos achicharrados por los picotazos del sol amarillo. Mamá odia los domingos. No gana ni un naira y le toca cerrar con candado su estudio fotográfico porque todos en nuestra ciudad, hasta los imanes de nuestra calle, esperan de ella que guarde el día sagrado.

En nuestro barrio tenemos iglesias y mezquitas, como en la mayoría de los barrios de nuestra ciudad. Algunas fueron tiendas en otra vida y conservan intactas las rejas y estanterías; otras fueron almacenes y siguen estando oscuras y mal ventiladas. Oímos a los miembros del Alma de Cristo cantar a capela. Forman el coro bajos y sopranos que aúllan como los *almajirai*,¹ invocando a los arcángeles Miguel y Uriel para que abran las Puertas del Paraíso, hagan descender el fuego y derramen el Rostro de Dios sobre África. Nunca dan palmas ni bailan ni tocan instrumentos. Porque eso conduciría al Fuego del Infierno; porque Cristo y los Doce nunca tocaban las palmas ni rasgueaban guitarras; porque Dios nunca baila.

(1) Aparecen a lo largo del libro vocablos en algunas de las muchas lenguas y dialectos que conviven en Nigeria (hausa, igbo, yoruba...). Para facilitar la comprensión, se incluyen algunos de ellos en un glosario al final. Solo se marcarán con cursiva la primera vez que aparezcan en el texto. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Me pregunto si Cristo y los Doce cantaban a capela con voces tan anhelantes y desamparadas, si Cristo tenía una voz de bajo, si la de Judas era de falsete.

Oímos el redoble y los cánticos sobre Fe Apostólica acompañando música *makossa*, a la solista escupiéndolo un «Avergüénzate, diablo» como la madre que le escupe a su díscolo retoño y reclama con su fría saliva todo el amor y la sangre que ha malgastado. Sentimos el entusiasmo de los coros, la punzada de los acoples provocados por la retroalimentación.

Isaiah se abanica con el boletín dominical.

—Veréis, es muy blanca —asegura mientras echa un vistazo y luego otro, en nuestro honor, al reloj oxidado que le dio en su día el padre McMahon—. Como la cal. Muy blanca, no como el padre McMahon, a quien nuestro diabólico sol ha dejado rojo.

Se afloja el cuello de su polo inglés con el London Eye estampado en el pecho. Descruza las piernas, se inclina hacia delante.

—Y tiene el pelo largo. Es como oro blanco. En serio. —Le brillan los ojos como si pudiera robarle el pelo y hacerse rico—. «Pelo rubio» lo llaman, ¿o es platino? En cualquier caso, es una buena chica. Como todos los blancos, ha traído regalos del Reino Unido. A mi chiquitina le ha dado un conejo de peluche. ¿No es increíble? A mí me dio esta camiseta extranjera. Una señorita como Dios manda, ya lo creo. Como todos los blancos.

En un segundo, su mirada pasa de mí a su Nokia y de nuevo a mí. Penetrante. Los ojos más rojos que nunca.

—¿Por qué me miras así, chico? —se queja—. Que yo no soy ella.

Mamá suelta una risotada y enseña sus dientes manchados de aceite de palma.

—No se preocupe usted, hermano Isaiah— asevera a la vez que me da una palmada en el hombro—. Andrew mè se va a casar con una chica igual de negra que yo. ¿A que sí, Andy?

Guiña el ojo.

Yo le devuelvo una sonrisa forzada, pero, por el débil destello de sus ojos, percibo que su mohín es fingido, que no cree que yo me vaya a casar con una chica como ella.

Mis ojos vagan erráticos: vitrina de madera pulida, la tele encima, nosotros tres reflejados, sentados, empequeñecidos. Al lado, el calendario de escritorio con la ordenación sacerdotal del padre Achi: sus palmas unidas, como una llama, en un gesto de santidad, cálices dorados planean a su alrededor. A continuación: la grieta de la pared azul, el crucifijo colgado con el Jesús pálido, la sangre rojísima rezumando de Sus manos y pies y costados.

Muchas veces tengo la sensación de que mamá no es mi madre de verdad porque, a simple vista, no se aprecia ninguna transmisión. Su piel negra como el tizón versus la mía como el chocolate. Sus ojos como el carbón versus los míos marrones. Sus hoyuelos versus mis pómulos altos. A ella le encanta mirarse al espejo y hacerse fotos, yo paso de espaldas ante los espejos y me escondo al fondo cuando alguien hace una fotografía de grupo. Ella tararea canciones y yo la silencio en mi cabeza. Al ver una peli, yo me fijo en las rubias, mientras que ella me ordena quitarla en cuanto sale un chico rubio.

Quizá yo sea como papá. De verdad que me muero por saber quién demonios es.

sus pies llenos de tierra
su voz que retumba
su mano en mi hombro

Pero mamá se niega en rotundo a decir ni mu sobre él. De todas maneras, me la trae al paio con quién se piense ella que me voy a casar. La x de la ecuación es que ha venido una rubia a Kontagora, una rubia platino si Isaiah no miente. Una Marilyn Monroe a quien los mosquitos nunca han cantado al oído ni succionado la sangre dejando tras de sí un rastro de hinchazón enrojecida al levantar el vuelo. Una princesa Diana que no se ha despertado jamás con hambre a medianoche. Una Taylor Swift que no ha vivido nunca un apagón.

—Y es altísima la muchacha —continúa Isaiah—. Alta de verdad. Mucho más alta que nuestro Andy aquí presente, y eso que son de la misma edad. Es incluso tan alta como su tío. Es como una deportista. Como una modelo.

Mamá está haciendo ruidosas pompas con el chicle como las putas que merodean por las inmediaciones de su estudio.

—Eso es por todas las verduras que comen los blancos —interviene asintiendo con la cabeza y me da una palmada en el hombro—. No te preocupes, Andrew mè. Algún día te pondrás igual de alto que ella. Incluso más.

Me remuevo ligeramente en mi sitio, adentrándome más en un valle. Ojalá no hubiera dicho eso de las verduras que comen los blancos. ¿De qué verduras habla? Comentarios así me hacen pensar en otra persona, en Mamá 2. Mamá 2 no diría nada semejante.

—Y el padre McMahon le va a dar un festín por todo lo alto esta noche. Habrá barbacoa con pollo, Sprite y demás. Y quiere que vengas a cubrirlo —le comunica Isaiah a mamá.

A ella se le ilumina la cara al instante. Pese a poseer una barbaridad de cámaras, como todos los blancos, el padre McMahon invita a mamá a fotografiar sus eventos. Y él no le regatea el precio como hacemos los negros. Es más, ella le

suma unos tres mil nairas a la factura y el padre McMahon se los paga sin rechistar. «En su país, las cosas no son tan baratas —se justifica ella en lengua ososo y entre risas—. Además, los blancos son tan ricos que se pueden limpiar el ano con dinero.» Siempre me dedica una mirada asesina cuando no me río de sus gracias, así que la correspondo con una risilla falsa.

Cuando la pillo haciendo una factura, desvío rápidamente la mirada. Agarra el boli por el extremo con suma concentración y las venas se le hinchan del esfuerzo, como si estuviera practicando una cirugía. Su letra es como las marcas de una gallina al escarbar para encontrar comida, en serio; o sea, legible a duras penas. En cambio, Mamá 2 escribe de forma tan clara y grácil como Hillary Clinton. Aun así, las ocasiones en que me veo forzado a enfrentarme a la letra de mamá, hay algo en su torpeza que me desarma y se me clava como una estaca en el pecho.

Al ponerse de pie para marcharse, Isaiah se da una palmadita en la reluciente cocorota y se llama «burro» a sí mismo.

—Siempre se me olvida algo importante —se lamenta volviéndose hacia mí—. El padre McMahon os invita a todos los monaguillos muertos de hambre a la fiesta de Eileen. —Mamá levanta las cejas al oírlo llamarme «muerto de hambre», pero no dice nada—. Para vosotros habrá patas de pollo, galletas Cabin y Super D. Ponte tus mejores galas, Andy. La ropa de domingo, si puede ser.

Solo quedamos mamá y yo en el reflejo de la tele. Ella bosteza, se le marcan los hoyuelos cuando lo hace. Está prácticamente desnuda, no lleva nada más que el *wrapper* del millar de bloques verdes amarillos rojos, anudado por debajo de los

brazos y cubriéndola hasta las rodillas. Vuelve a bostezar. El ovillo que sujeta la prenda se suelta. En un abrir y cerrar de ojos, abre el wrapper —avisto la oscura línea torcida de su escote, la resignación de sus pechos caídos cual manoplas—, se lo recoloca y lo vuelve a anudar apresándolo con los sobacos, formando un nuevo ovillo. Le asoma el dobladillo de la combinación. Se lo remete por dentro del wrapper. Este fin de semana no se ha arreglado los sujetadores. A menudo remienda sus dos sujetadores negros el fin de semana, con aguja e hilo blanco o amarillo. No sé por qué no utiliza nunca hilo negro. ¿Por qué quiere que se le noten los puntos?

Siempre me imagino a su otro yo, Mamá 2, que es quien ella sería de no haber nacido en este mierdoso continente. Por ejemplo, a Mamá 2 no le hace falta remendarse los sostenes. Tiene unos mil en el armario. Tampoco lleva wrappers, sino vestidos plisados de flores, verdes o melocotón. A diferencia de mamá, que lee la Biblia siguiendo los renglones con el dedo pronunciando despacio o mal cada palabra, Mamá 2 es doctora o abogada, tiene un Range Rover, lleva gafas y lee un libro a la semana. Vive en una ciudad estadounidense o europea, no cree en los fantasmas, no huele a rancio ni a sudor. Tiene una voz calmada y alegre y de vez en cuando utiliza trisílabos o frases como «por así decirlo».

Mamá termina de mascar el chicle. Se inclina hacia delante y lo planta en el centro de la mesa. Vuelve a reclinar la cabeza en el sofá y cierra los ojos. Tiene los labios pesados, carnosos, vivos, como pétalos negros. Lleva las trencitas largas y nutridas; por el mazacote de pelo negro asoman vetas canosas que cuelgan y se ondulan como un maizal al viento cada vez que gira la cabeza de un lado a otro.

Esta es mi mamá:

la diosa
que quiero y
no quiero ser

la fuente
de mi
vergüenza

la vuelta de tuerca
de mi
miedo

Quiero decirle algo, pero no sé el qué. Siento una extraña necesidad de hablar con ella, el deber de cogerla de la mano. La tengo muy cerca. A treinta centímetros. Sus venas sobresalen hacia mí. Su respiración me silba al oído. Pero la siento muy lejos.

Cuanto mayor me hago, menos me parece que hablamos. Recuerdo esos días de mi infancia cuando nos dedicábamos a hacer castillos en la arena después de la lluvia... el olor de las hojas, el brillo de las piedras... Ella se reía a carcajadas cuando le hacía cosquillas en los costados y me pedía que parara aunque en realidad quería que siguiera. Aquellos momentos mudos cuando me miraba a los ojos y me dedicaba una sonrisa cómplice y yo me perdía en sus hoyuelos... Cuando veía girar en los pliegues de sus hoyuelos las palabras que ella no podía pronunciar: palabras sin ortografía ni sonido.

En momentos como este, en el epicentro de silencios como estos, me acuerdo de Ydna. Y lo echo de menos. E intento remontarme al momento preciso en que comenzó el silencio. Cuando apareció de repente, como un champiñón. Sin mediar semilla.

Cuando eres más joven estás más cerca del mundo de los Nonatos, del mundo de los Recién Fallecidos. Ydna y yo fuimos una vez lo mismo. Círculos concéntricos de día, fractales de noche. Era mi colega, mi sombra. Eso fue antes de cumplir ocho años. Él tenía unas rastas largas y finas. Le gustaban las camisetas amarillas con el cuello azul y flores rojas estampadas delante. Notaba su presencia en todos lados. Su aliento siseando en mi oreja mientras fregaba los platos o resolvía un problema de matemáticas; sus ojos persiguiéndome cuando jugaba al fútbol con otros críos del barrio. Por la noche, Ydna y yo susurrábamos a oscuras. Nos quedábamos cuchicheando después de que mamá y yo rezáramos nuestro avemaría y nuestro «Bajo tu amparo» y ella se asegurara de que me había tapado bien con su viejo wrapper para protegerme de los mosquitos, de que había cerrado los ojos y de que mi pecho se inflaba y desinflaba con normalidad.

Ydna y yo hablábamos de árboles, del más alto, al que él soñaba con subirse, de los dulces que había lamido Okey, de la niñita sin hogar que habíamos visto sentada sola junto al arroyo, sin nadie con quien hablar y con el pelo revuelto y lleno de arena. Yo compartía con él mis sueños con pájaros y mi miedo a las serpientes y mi amuleto juju. Yo siempre soñaba con pájaros. Grandes y blancos. Con los ojos verdes. Pájaros que no cantaban ni graznaban. ¿Por qué no soñaba nunca con ovejas o leones o serpientes, sino solo con pájaros, con aves arbóreas?

Ydna siempre se sentaba a mi lado en la estera. Inspirábamos y espirábamos juntos. Apoyaba la cabeza en la palma de la mano y me miraba sin pestañear. Yo me quedaba con los ojos clavados en el techo salpicado de manchas de humedad de la lluvia, incapaz de ver las marcas con forma de dragón en la oscuridad, pero imaginándomelas y dándoles vida.

Los dedos de sus manos y sus pies permanecían inmóviles, su alma absorbía todas y cada una de mis palabras. Su aliento olía a menta o a hojas que traspiran rocío; el mío olía a *eba* y *egusi*.

Cada noche, Ydna y yo cuchicheábamos hasta que cantaban los gallos.

Todo cambió cuando cumplí ocho años, cuando vi *Matrix* y *Superman* y *Spiderman* y le hablé a Ydna de ellas. Muros, montañas y agujeros negros se interpusieron entre nosotros. Obstáculos que lo hicieron todo añicos. El cambió llegó cuando le dije a Ydna que quería ser como Neo, como Clark Kent, como Peter Parker. Que quería ser diferente.

Que quería ser blanco.

Porque:

 solo los blancos
podían
 congelar el tiempo
podían
 leer mentes y
 detener balas
podían
 volar

—¡Ydna, solo los blancos vuelan!

Se quedó en silencio. No reaccionó. Se lo volví a repetir. Una y otra vez, cada vez más alto. Una lágrima me resbaló por la mejilla hasta llegarme a la oreja. Siguió bajando hasta que la oí estrellarse con la estera. Ni siquiera apartó la mirada cuando me volví hacia él, cuando le toqué el dedo del pie. Supe con total certeza que una montaña se había alzado entre nosotros porque se levantó de pronto y me dijo que tenía

sueño, que tenía que irse, cuando no llevábamos ni una hora de cuchicheos.

No vi a Ydna al día siguiente.

Ni al otro.

Ni las semanas que vinieron después.

Llegaron las lluvias. Sus aguas olían a pescado. Parecían peces al aterrizar en el suelo, al alejarse rodando a toda prisa. Y por la noche, tumbado en mi estera, mirando por la ventana, buscaba a Ydna en todas las gotas de lluvia.

Mi hermano. Dándome golpecitos en el costado con el dedo del pie. Esa manera que tenía de brillarle en la oscuridad la paleta con que desgarraba el pan que le llevaba reservando todo el día. Le guardaba siempre el pan pese a saber que sería una corteza por la mañana. Pero al menos se lo comía del día. A mi Ydna le gustaba saborear el pan del día.

Dejé de soñar con pájaros.

Unos meses más tarde vino por fin. Era de noche. Yo estaba en la estera, ardiendo con malaria. Vino cuando mamá se fue a su cuarto tras aullar que yo no podía morirme, tras balbucear unas oraciones dirigidas a san Miguel, san Mulumba y al beato Tansi. Ydna entró en la habitación y bajó la llama del farol para que lo pudiera ver con más claridad. No dijo gran cosa. Se limitó a un «¿Qué hay, Andy?», se sentó en nuestro sofá raído (nunca antes lo había hecho) y se puso a menear el pie, a darle golpes con el talón al sofá, hasta conseguir empeorar mi dolor de cabeza. No me importó. De hecho, me levanté. Ahuyenté la malaria.

—¿Qué pasa, bro?

—Aquí estamos —contestó.

—Me gustan un montón tus rastas. En serio.

—Guay.

—¿Te subiste al árbol ese o qué?

—No.

—¿Por qué?

Silencio.

Notaba el tira y afloja consigo mismo por hablarme. Sus ojos no dejaban de apartar el dedo de mi mirada. Sus ojos: oscuros, llorosos, temblorosos. En su interior encontré el rompecabezas más complicado que he visto en mi vida. Todas las piezas del puzzle eran microscópicas, informes. Todas contenían peces, aves, montañas, satélites, velocidad de la luz, años luz, una enciclopedia de info.

Pero no estaba yo.

Se inclinó hacia delante, carraspeó, separó sus generosos labios. Entonces se levantó y se fue. Y no lo he vuelto a ver desde entonces.

A menudo quiero decirle a Ydna que estar vivo no es fácil (¿por qué si no se dio él media vuelta y se negó a nacer?). La muerte y morir se son cosas fáciles. Incluso aburridas. La vida es dura. Y un sinsentido. La vida es levantar una montaña sin siquiera tocarla, apagar un volcán sin usar siquiera una gota de saliva. La vida es despertarte y encontrar ganchos en tu corazón. Si quitas alguno, mueres. Si dejas alguno, mueres. Acabas clavando más ganchos en tu corazón con tal de sobrevivir.

Pero Ydna no quiere oír nada de esto. Yo sé que se niega a escucharme porque yo espío sus pensamientos y los apunto en mi diario. Él me acusa de vivir la vida que debería haber vivido él. Asegura haberse dado la vuelta en el vientre de mamá para tomarse un descanso, para coger aire y sacar músculo antes de enfrentarse a este mundo, pero que, cuando estuvo preparado, cuando miró el vientre de mamá, vio que estaba lleno, que había un relleno de nueve meses. Así que intentó empujarme para devolverme al lugar de dondequiera que yo hubiera venido y así poder colar su alma en mi cuerpo y na-

cer. Pero yo no quise permitirlo. Fue esta lucha la que impidió que mamá me tuviera de la manera normal y que obligó a los doctores a seccionarle la barriga para sacar mi Maldito ser. Fue esta lucha la que obligó a los matasanos a cortarla donde no debían, a cargarse sus órganos, y que provocó que ahora ella no sea ni mujer ni hombre.

Estoy convencido de que aún le importo a Ydna. Lo sé porque, desde que empecé a pensar en hundir mis dedos en pelo rubio, desde que empecé a pensar en HXVX, desde que mi profe de mates Zahrah Regresó del Sáhara, he notado que, en alguna que otra ocasión, me mira a escondidas. Me observa a través de las cortinas y finge ser una ligera brisa para que yo no me dé cuenta. Su voz se me mete en la cabeza, me repite poemas y frases haciéndose pasar por melodías pegadizas. A veces me entran ganas de llamarle la atención y pedirle cuentas. Pero no lo hago. Me da miedo alejarlo más de mí, de mis horizontes, de mis intervalos acotados y no acotados.

Estoy dentro de nuestro *compound*, sacando agua del pozo para mamá. Bajo la *guga* al pozo, noto que toca el agua y sostengo la cuerda medio minuto hasta llenarla. Arriba: nube con forma de bailarín clavada en el cielo azul. Ni un pájaro. Sol como una plancha de vapor en el cogote. El demoníaco sol amarillo siempre ennegreciéndonos en lugar de pintarnos la piel de su color.

«¡Allahu Akbar!», la mezquita de detrás de nuestra casa llama a la oración. Un gallo quiquiriquea en respuesta. Los altavoces cónicos de otras mezquitas circundantes crujen al despertar. Espirales de retroalimentación atraviesan el silencio. «¡Allahu Akbar! Allahu Akbar. Ash-hadu alla ilaha illallah.»

Hay una mezquita en cada esquina de nuestra ciudad. De hecho, más del setenta por ciento de la población de Kontagora es musulmana, como sucede en la mayor parte del norte del país. Por nuestras calles circulan mujeres con vaporosos chadores y hombres en chilaba y *hula*. A las chicas cristianas que llevan pantalones o minifaldas o que enseñan el escote, los jóvenes musulmanes las persiguen, las azotan y les cortan con tijeras los pantalones o las faldas. Mamá y yo somos de Ososo, en el sur, que es predominantemente cristiana y donde las chicas pueden llevar pantalones sin meterse en muchos líos.

Tiro de la guga y echo el agua en un cubo azul con una pegatina donde pone BODA DE CHIOMA E ISAIAH. Cuando el cubo está lleno, tapo el pozo con una lámina de techado. Coloco encima un neumático —la lámina chirría— y le llevo el cubo cogido del asa a mamá.

Ella está sentada en un taburete bajo junto a la entrada de casa. Delante de ella arde una hoguera de carbón, sobre el fuego hay una olla de egusi y en su mano, un cucharón (está removiendo la sopa). Pese a no haber carne en el guiso, pese a no haber en la olla más que egusi, hoja de agua, pastillita Maggi y cebolla, su pericia como cocinera consigue que el aire se inunde con el aroma a *pepesup* que solo hueles en el Utia y en un bautizo. El egusi coagula poco a poco formando parches amarillos como huevos fritos a medida que mamá remueve sin parar.

—Tráeme el *garri*, Andrew mè —ordena.

Cojo el bol de plástico que descansa junto a su pie y entro en casa, en su habitación (colchón, espejos, lociones), que hace también las veces de despensa, y desato un saco que hay en el suelo. Cojo un tazón *mudu* del suelo y lo uso para pasar el *garri* del saco al bol. Mamá está preparando tanto la comi-

da como la cena para no tener que volver a cocinar cuando volvamos de la fiesta de Eileen. Cojo doble ración de garri, lo suficiente para comer dos veces. Estoy convencido de que Slim o Morocca hubieran cargado mucho más para llevarse a la boca algo extra. Yo, en cambio, no me atrevo a provocar a mamá.

A veces se enciende y salta casi sin motivo. Como en esas mañanas, pocas, en que me pierdo tanto en mis elucubraciones salvajes con Ydna o las rubias o Zahrah que se me olvida decirle «Buenos días, mami». O cuando, en los días excepcionales en que tenemos electricidad, me pilla viendo a Angelina Jolie asaltando tumbas en una malla superajustada de cuerpo entero o a Richard Gere poniendo a Julia Roberts encima del piano y sobándole una teta. Mamá me hace sentarme a su lado en el sofá en esas ocasiones. Me agarra del cuello, a veces hasta me obliga a sentarme en su regazo. Se pone a lloriquear. Me recuerda, una y otra vez, cómo le robé la vida, cuánto la destrozó la cesárea.

—Andrew mè, estoy hueca. Ni aquí ni allí. Nadie me quiere.

Una vez, hace años, fui un idiota y le contesté: «Yo te quiero, mamá». Me pegó un bofetón. Me apartó de malas maneras de su regazo y acabé dando de bruces con el sofá.

¿Le recordé a sus maridos? Sé que ha estado casada más de una vez, aunque se niega a decirme cuántas. Normalmente, cuando por mi cabeza revolotea el pensamiento de que mi mamá ha estado con dos o quizá tres o cuatro hombres, no sé dónde meterme. Pasan por mi mente ráfagas de imágenes de manos sobre su cuerpo y me entran ganas de saltar por Donde Sea, meterme dentro de Algo, dentro de Todo. Para evitar saltar, me dedico a gritarles a mis Malditas neuronas que se callen de una puta vez, que se acuerden de todo lo que mamá

ha hecho por mí, de todas las noches en vela que se pasa en su estudio, de los escupitajos que se lleva de clientes cabreados.

Siempre que tengo mal rollo con mamá, recurro a Ydna en mi diario. Él me obliga a volver a ella. Me cuenta algo nuevo y divertido que no sé; por ejemplo, cómo se hizo el hueco en los dientes. Algunas veces hasta me miente. Dice que la mayoría de las mamás no sueñan con sus hijos y que, sin embargo, ella sueña conmigo a menudo. Sé que miente, pero le creo.

Me quedo de pie esperando a que mamá me quite el garri de las manos. Slim o Morocca hubieran dejado el bol junto a los pies de sus mamás y se hubieran ido tan campantes al salón, de vuelta a sus juegos EA del móvil. Pero yo no me atrevo. Mamá deja el cucharón en un plato y coge el bol de mis manos.

—Ògbò, Andrew mè.

A veces mamá me da pena y deseo que encuentre a alguien pero ya. He oído a sus clientes masculinos susurrar «bonitas piernas» y «vaya culasso», pero ninguno parece estar interesado en ir más allá. En los últimos cinco años, tres han mostrado interés. Los dos primeros solo duraron unos días y luego se esfumaron. Aun así, durante sus días de Fiesta Mayor con mamá, le compraban pendientes, medias o zapatos de algún número menor. Ella, a su vez, forzaba sonrisas, se ponía sombra de ojos y pintalabios rojo y vestidos ceñidos las veinticuatro horas en un intento de aparentar veintitan-tos. Sin embargo, una vez que los tipos desaparecían, volvía a ser la mujer suspirona que se maquilla poco y pinta canas que es en realidad.

En cambio, don Cosmas era diferente. Fotógrafo, como ella. Su esposa había fallecido unos años antes. Solía visitarla en su estudio y los dos se pasaban horas hablando de objeti-

vos y equipo para la cámara y de las ventajas de la película respecto al digital. Él decía que mamá era la mejor fotógrafa que había conocido nunca.

Por alguna razón, mamá se negó a ponerse maquillaje, vestidos ceñidos o teñirse el pelo y, aun así, don Cosmas siguió visitándola. Comían palomitas, se hacían fotografías el uno al otro, se contaban chistes y mamá se reía mucho rato seguido; parecía de verdad que tenía veintitantos. Dejó de oler a rancio, su cocina desprendía sabores nuevos de chuparse los dedos y por las noches cantaba Whitney Houston. Transcurridas unas semanas sin que don Cosmas se esfumara, empezó a invitarlo a venir a casa. El hombre me compraba libros y camisetas de fútbol y discutíamos sobre Messi y Ronaldo.

Todo cambió la noche que se lo llevó a su dormitorio. No estuvieron más de cinco minutos dentro. Él salió de la habitación y de la casa y no lo he vuelto a ver.

Los días que sucedieron al momento en que don Cosmas se esfumó finalmente, mamá no pisó su estudio. Se quedaba acostada todo el día y yo encendía las brasas y preparaba el desayuno y la comida de ambos y se los llevaba a la cama. Le he preguntado en un par de ocasiones qué ocurrió entre ellos, pero ni que decir tiene que no suelta prenda. A lo mejor le explicó lo de su chapucera cesárea.

Mamá le está echando pimienta seca a la sopa ahora mismo. Remueve la mezcla en el sentido de las agujas del reloj primero y en sentido contrario después. Me dedica una sonrisa.

—Huele que alimenta, mami —le digo en ososo.

—Gracias.

—Ojalá supiera cocinar tan bien como tú.

—¿En serio? ¿Por qué no aspiras a hacerlo incluso mejor?

—Es que, mami, lo último que quiero ser es chef.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

—Tienes que ser un supercocinero para que, cuando te cases con Fatima o con quien elijas, le puedas cocinar unos platos deliciosos.

—Qué graciosa.

—¿Graciosa? Prefiero que cocines tú para tu familia a que lo haga tu mujer.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Las mujeres ya estamos hartas de ser sirvientas o esclavas. Eso ya se acabó.

—Pero cocinar no es esclavismo.

—Tú no eres una chica, querido. No lo entenderás nunca.

—Pero solías hacer estas cosas para don Cosmas.

—¿Cuáles?

—Cocinabas para él. Hasta le lavaste la ropa un par de veces.

—Eso es diferente.

—¿En qué?

Suspira. Sé que está al caer un minisermón. Pese a que suele ser callada, no deja pasar la oportunidad de dispensar sus píldoras informativas maternas.

—Andrew mè, lo cierto es que las mujeres de mi generación siguen siendo esclavas. Por desgracia. No podemos hacer nada al respecto. O elegimos ser esclavas o elegimos no existir. No podemos escoger ninguna otra cosa. Lo peor es que tenemos que ser esclavas para encontrar amor. Por mucho que lo intentemos, no salimos adelante sin amor. El amor nos hace sentirnos un poco menos esclavas. —Le añade un cucharón de agua a la sopa. Remueve unas cuantas vueltas más—. Pero tu generación es diferente. Tenéis ordenadores, teléfonos inteligentes. Tenéis estudios. Hoy en día no hace

falta que conozcas físicamente a alguien para enamorarte. Las chicas tienen acceso a muchos hombres, la oportunidad de elegir a quien quieran. Así que, si tu generación perpetúa la violencia de la nuestra, la humanidad está maldita.

Una niña hausa golpea con los nudillos nuestra entrada.
—Salam Aleikum.

Nuestra entrada es en realidad una puerta de hierro diminuta que hace mejor labor amplificando los golpecitos que manteniendo fuera a las gallinas, aunque la niña en cuestión no aporrea como otra gente. Enumera su mercancía: tomates frescos, *kuka*, *busheshen kubewa*. Pese a no verla, percibo impaciencia en su voz, el deseo de vender todos sus productos en cero coma e irse a su casa. Si regresa de noche sin haberlo vendido todo, su mamá le dará unos azotes en el culo y la acusará de haberse entretenido jugando o de no llamar a suficientes puertas.

—Allah ya kawo kasuwa —replica mamá.

—Amén —murmura decepcionada la niña y se va.

—Entonces, mamá...

—¿Qué?

—¿Qué pasa con don Cosmas?

—¿Qué le pasa?

—Quería saber si sigues en contacto con él, nada más.

Se queda en silencio. Sé que no va a decir nada. Me siento mal por meter el dedo en la llaga.

—No —contesta poniéndose en pie—. No, no sé nada de él.

Hierve agua, la vierte en un gran mortero, añade el garri, cubre el mortero cinco minutos, canturrea «Into Your Sanctuary», asiente, me quita una mota del pelo, destapa el mortero, machaca el garri con la mano del mortero, corta la eba resultante en tortas ovaladas que envuelve en plástico, coloca

las tortas envueltas en un recipiente térmico, me pide que lave el mortero y la mano. No me quejo, pese a que la eba se queda enganchada a las superficies, sobre todo a las de madera, como si fuera Superglue.

Nos trasladamos al salón para comer. La puerta está abierta todo lo que permiten los goznes. La cortina color crema ondea suavemente: ahora ilumina, ahora oscurece la estancia. Mamá se sienta en el suelo con las piernas abiertas, coloca sus cuencos de acero inoxidable con eba y egusi en equilibrio delante de ella. Le gusta comer en el suelo. Dice que le recuerda a cuando era niña y el mundo giraba con normalidad. Que la comida sabe mejor cuando estás más cerca de la tierra.

Mete un dedo en la sopa. Se lo lleva a la boca. El dedo amarillo se queda allí plantado un minuto entero. Asiente. Me pide que le traiga agua de beber de la jarra de arcilla.

Voy a su cuarto. Cojo el agua. Solo las cosas guardadas en jarras de arcilla logran escapar al calor insano de junio.

Le da un sorbo al agua fría.

—Gracias.

Me siento en el sofá, noto cómo me hundo en un valle más viejo y profundo que los hoyuelos de mamá. Coloco mi comida en la mesa de centro y a comer. Voy despacio. Amaso bolitas de eba. Mastico sin hacer ruido porque mamá me está observando. Espanto una mosca. Intento imaginarme a qué sabe la pizza. A pan mojado en tomate y curri. Me pregunto si me gustarían las patatas fritas untadas en ketchup, si la lasaña y los macarrones al queso son en realidad lo mismo. Tras unos cuantos bocados hago un comentario positivo sobre la comida.

—Está deliciósísima, mami.

Pero con eso no basta. Tengo que explicar por qué y cómo. Así es como se comenta de manera positiva la comida de mamá. Añado:

—Me gusta que las cebollas y la hoja de agua estén un pelín crudas. Condimentan el egusi de maravilla, para chuparse los dedos. ¡Y el egusi está tan cremoso!

Mamá sonrío.

—¿Abi? Gracias, Andrew mè. Que aproveche.

Enseña orgullosa su hueco entre los dientes, que se procuró tras pagarle doscientos nairas a un viejo *baba*. Ydna dice que el hueco la hace parecer más joven, que su sonrisa así es más sexi. La verdad es que estoy de acuerdo, aunque le partiría los morros a cualquiera, incluyéndome a mí, que se atreva a llamar «sexi» a mamá.

Una vez, la lio parda cocinando. Yo había vuelto de la escuela tan cabreado que, cuando me senté y probé la comida, le dije LA VERDAD, toda la verdad: que la sopa estaba muy salada, que estaba aguada como un río, que no llevaba carne.

Mamá se limitó a mirarme fijamente. Una mirada larga, contundente, llena de enojo. En ella vi su niñez: cuando caminaba descalza hasta el bosque ataviada solo con un wrapper; cuando se lastimaba los dedos de los pies y se le hacían moratones en las espinillas al volver del bosque transportando leña sobre la cabeza; las numerosas mañanas en que la perseguían desde el colegio por no poder pagar la cuota, por ser niña. Se arregló las trencitas sin dejar de mirarme. Yo me quedé inmóvil, conteniendo la respiración, sin parpadear ni apartar la vista, mientras le rezaba a todos los santos para que mamá no me volviera a mirar así nunca más.

Mamá sonrío, muy complacida con mi reseña gastronómica.

—Andrew mè, yo creo que ha llegado la hora de que aprendas una o dos cosas sobre el negocio de tu madre. ¿Qué te parece echar unas horas en el estudio después del colegio? Bien, ¿no? Ahora ya eres mayor.

En el pasado la visitaba con frecuencia en su estudio. La ayudaba a limpiar, hacía recados. Pero hace unos dos años me prohibió volver a poner un pie allí.

Su estudio es un pequeño local de Sharp Corner, al doblar la curva repentina que acaba con muchas vidas. *Glory Bright Photos* está escrito en cursiva y con letras negras justo encima de la puerta de cristal. Enganchadas a esta, hay fotos que alguna gente no ha querido pagar: bebés desnudos de cintura para arriba llorando en un sofá; mamás bailando, ataviadas con *buba* y *gele*; casas con tejados de colores que brillan bajo el sol. Cuando los críos vuelven de los colegios públicos, se suelen parar a mirarlas mientras se rascan las cabezas tiñosas y llenas de tierra.

Enfrente de su estudio está el Queens Palace Guest Inn, uno de los principales burdeles de la ciudad. Niñas de quince años y señoras de cincuenta se contonean en microfalda y sujetador. Se dirigen a chavales jóvenes y viejos en medio del ruido de los cláxones de coches y motocicletas: «Bobo, ¿tú no wan follar?». Es una Babel que nuestra policía corrupta, nuestros tribunales de la santa sharía y nuestros beatos párrocos no consiguen cerrar. No se parece a ningún burdel que hayas visto, si es que has visto alguno. No es más que una puerta metálica gris que da paso a un amplio compound con habitaciones pequeñas a izquierda y derecha. Cada una está dotada únicamente de una diminuta ventana para que no se escapen los pecados. Las papeleras están a rebosar de condones rezumando fluidos. Los perfumes cargados de las putas te protegen la nariz.

Dentro del estudio de mamá hay una alfombra roja sobre la que descansa todo: equipo de iluminación, sofá, taburete, silla plegable. De unos cordeles cuelgan cortinas blancas, negras y rojas que sirven de fondo para las fotos. Detrás de las cortinas, una puerta conduce al cuarto oscuro donde

mamá solía revelar las fotografías en blanco y negro. Desde la defunción de esta técnica, revela sus fotos en color en Bob Shege, en Lagos Road (vórtices de automóviles, hileras de tiendas) porque tienen un equipo para fotografía en color que produce las fotos más nítidas y brillantes de nuestra ciudad.

Mamá me tiene prohibido poner un pie allí porque una tarde que estaba sentado en el estudio, adormilado, esperando para comer, una puta de veintitantos entró a hacerse una foto. Llevaba tacón de aguja, un sujetador de deporte, medias pero no bragas. Mientras mamá lo preparaba todo —ponía las luces, seleccionaba el mejor fondo...—, la puta se me acercó. Iba dándole golpecitos a la pantalla de su Huawei, perdida en sus pensamientos, y su coño me guiñaba con cada paso que daba.

—Jajajajajaja —se ríe de mí de pronto—. ¡Tú dey mira mi raja! —Se vuelve hacia mamá mientras su risa sube in crescendo—. Tu chico wan follar. He wan follar. Yo t'ayudo follar am.

Le propone un trato a mamá: tres fotos a cambio de una hora conmigo. «Tengo experiencia desvirgando boys o», asegura.

Mamá le pidió que se fuera.

La puta se echó a reír.

—Na broma, yo dey broma o.

Mamá le insistió.

—Yo no dey go a ningún sitio sin que you photo mi.

Mamá le pidió que se fuera y la llamó Satanás.

La puta le soltó un bofetón.

Mamá dejó caer la cámara junto a sus pies. Empujó a la puta con todas sus fuerzas, las venas le sobresalían de los brazos y el cuello, y las dos acabaron en la calle, en el suelo, haciendo la croqueta por la arena.

Se formó un corrillo de hombres.

La puta se puso de pie. Le rompió el vestido a mamá. Le arrancó el sujetador a mamá. Los pechos de mamá se derramaron.

dos
soles
colganderos

dos
soles
negros

Los hombres silbaban. Hacían fuerza para sacar un tercer ojo del centro de sus frentes.

Yo me quedé de pie. Enganchado al suelo. Inútil. Un medio-hombre.

Mamá se levantó. Se cubrió el cuerpo con las manos llenas de arena. Volvió a entrar en el estudio. Al ir a abrir la puerta, la puta dio un brinco y le palmeó el trasero. La llamó prostituta. Dijo que con el culo tan grande que tenía podría ganar tres veces más que con el estudio.

Los hombres se reían.

No pude mirarla ese día.

Ni al día siguiente.

Ni las semanas siguientes.

di
un
paso
hacia
lo
negro

ella
se
precipitó
en
lo
n
e
g
r
o

Se abrió un abismo en mi garganta. No podía hablarle. Las palabras no dejaban de caer y de gritar mientras caían. Lo No Dicho me llamaba por la noche. Me faltaba el aire. Me encontraba con un silencio ensordecedor y nada más.

Me limitaba a darle los buenos días después de rezar o las buenas tardes cuando volvía de la escuela.

Ella miraba al suelo cuando me respondía con un apesadumbrado «¿Qué tal todo?», sin siquiera mencionar mi nombre. Miraba el plato fijamente cuando me pedía que le trajera agua para beber y al darme las gracias.

Una noche me desperté jadeando en mi fría estera. Oí una voz extraña y ronca que venía de su habitación. Una voz llorosa.